

EDUARDO GALEANO HACE UN RECUENTO DE QUINIENTOS AÑOS*

La Casa de las Américas nos entregó la primera parte de la trilogía que Eduardo Galeano tituló genéricamente *Memoria del fuego*. En este primer tomo, "Los nacimientos", el escritor uruguayo nos conduce a través de las huellas de las civilizaciones que habitaban el continente antes que el azar condujera a Colón a tropezar con ellas. Con ese arribo, el almirante genovés, de paso, salvó el pellejo amenazado por la turba agotada ya de tanto bogar. Pero si con el descubrimiento no terminarían las penas del patrón de la Santa María, ante los aborígenes, en cambio, se develaría una nueva forma de existencia que trastocaría el curso de una formación en ascenso signada por conquistas que trascendían los umbrales empíricos de la astrología, la arquitectura, la agrotecnia y las artes.

En efecto, a aquella primera camada sucederían otras, armadas de cruces y espadas, con honorables investiduras y el trágico designio de imponer credos justificadores del despojo y la masacre que la reina de España, en nombre de Cristo, había ordenado desde su trono en el viejo mundo. Estas y otras huellas, las de los africanos esclavizados, no obstante encontrarse confundidas hoy en una cultura americana universalmente reconocida, logran ser expuestas en sus manifestaciones primigenias, tal como grabaran sus impresas en el espíritu rebelde del hombre de América.

Galeano habla de mitos y costumbres; da luz multicolor a las raíces oscurecidas a propósito para evitar que refulgieran más que el sol que calienta estas tierras. Pinta los tonos precisos de la violencia ultrajante de la libertad, y también la lucha por rescatar la ultrajada que, como dijera Raúl Roa García en memorable discurso, "constituye la expresión más alta de la cultura cuando la esclavitud es la forma de vida".

Galeano acierta cuando confiesa que no cree en las fronteras que según los aduaneros de la literatura, separan a los géneros. Nos convence cuando afirma ignorar la clasificación de esta "voz de voces". Pero cuando en un "mea culpa" declara que no quiso ni hubiera podido escribir una obra objetiva, nos hace pensar que es posible que antropólogos, historiadores y filólogos, los más exigentes humanistas, no coincidan con él.

Galeano miró lejos.

Nada ha escapado a la pupila que escudriña el alma de América. Ha visto la fauna y la flora, la inmensidad del hombre y, asimismo su pequeñez. Ha tomado el pulso del miedo y palpado el amor. Incurrió por todos los niveles de la negación y la afirmación de cada identidad nacional en recorridos que nos condujeron desde la superficie hasta el fondo. Se asomó a los abismos y ascendió a las

* Eduardo Galeano: *Memoria del fuego*. T. 1: "Los nacimientos". Colección La Honda. Casa de las Américas. La Habana, 1988. (366 p.)

cumbres de la conciencia social. Ha recreado los momentos de resistencia e inmolación; las desgarraduras del combate por la preservación de una cultura que, después de cinco siglos, sobrevive como expresión de lo inextinguible en las lenguas —casi puras— de comunidades en las que aún late el espíritu indomable de los imperios precolombinos.

Esta obra se empina, sobresale, rebasa la altura de cualquier monumento que se erigiera para rendir homenaje al medio milenio del descubrimiento mutuo de las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo.

No trajo el viejo mundo antorchas de luz, sino teas incendiarias. Relegó a los dioses paganos que servían a los aborígenes y puso a estos bajo el servicio de las divinidades cristianas. Trató de cambiar el algodón por la seda, las gemas por el vidrio, el maíz por el trigo, el oro y la plata que ornamentaban los templos y palacios o que brotaban espontáneos de las entrañas del suelo, por el hierro de los grilletes y los cepos. Allanó en función de la conquista. Tras los despojos otorgó mercedes, esclavizó para hacer encomiendas y, en pos de la colonización, casi borra las cobrizas pieles de los paisajes. Y trajo negros para que sustituyeran a los irredentos brazos rojizos. Se mezcló con ellos. Con unos u otros o con todos de una vez. Del crisol templado con fuego, sangre, miel y hierro, surgió una entidad nueva: el criollo. Y este, aunque amaba a sus padres, no perdonó a los otros antepasados que le habían usurpado el patrimonio, encadenado al abuelo, envilecido a las tías y a los tíos, y sojuzgado la fe.

En "Los nacimientos", Galeano habla de todas las savias que nutrieron el árbol donde fructificó la nacionalidad americana. La próxima edición de "Las caras y las máscaras" y del "Siglo del viento", se nos anuncia como promisorias opciones para disfrutar el rescate de nuestra entidad.

MARGARITA J. RODRÍGUEZ PÉREZ